

GUARNICIONES Y ESCOLTAS MILITARES. LA SEGURIDAD EN LOS CAMINOS REALES AQUEMÉNIDAS

*Garrisons and Military Escorts:
Safety in the Achaemenid Royal Roads*

Joaquín VELÁZQUEZ MUÑOZ*
Universidad Complutense

Resumen

En el presente artículo se aborda la cuestión de la seguridad existente a lo largo de los caminos reales aqueménidas. Los monarcas de esta dinastía, garantes del orden y de la estabilidad de su imperio, se encargaron de mantener estas vías libres de peligros para los viajeros que las frecuentaron. Para ello se dispusieron una serie de guarniciones en puntos estratégicos del camino así como se puso a disposición de los viajeros escoltas armadas para protegerlos, pues, a pesar de la seguridad impuesta, los peligros sobre los viajeros siempre existieron. A pesar de los posibles riesgos, los relatos de las fuentes clásicas confirman que los caminos reales de los aqueménidas estuvieron fuertemente protegidos y que era muy difícil escapar del escrutinio oficial.

Palabras clave: reyes aqueménidas, camino real, guarnición, escolta, bandido, seguridad.

Abstract

This paper aims to analyze the question of the security along the Achaemenid royal roads. The Achaemenid kings, guarantors of order and stability of their empire, were responsible for maintaining these roads free of hazards for travelers that frequented. For this reason, a number of garrisons were placed in strategic points of the road and was made available to travelers armed escorts to protect them, since, despite the imposed security, the hazards have always existed on

* Doctor en Historia Antigua e investigador especializado en estudios aqueménidas. Correo electrónico: joaquinvelazquez1982@gmail.com. Fecha de recepción del artículo: 19 de diciembre de 2012. Fecha de aceptación y versión final: 6 de mayo de 2013.

travelers. Despite the potential risks, the tales of the classical sources confirm that the Achaemenid royal roads were heavily protected and it was very difficult to escape official vigilance.

Key words: achaemenid kings, royal road, garrison, escort, bandit, safety.

1. INTRODUCCIÓN

Cuando Heródoto (V, 52) describe la vía real aqueménida que unía Sardes y Susa como un camino que *solamente atraviesa regiones habitadas y seguras*, lo que estaba manifestando era que los itinerarios oficiales eran supervisados estrechamente por el Estado aqueménida. Sobre las rutas reales, la circulación era controlada de cerca por los hombres del rey, aunque es imposible precisar si se ejercía un control riguroso sobre los desplazamientos de los habitantes y si se detenían a las personas desconocidas o sospechosas. De una manera general, en efecto, es el rey el encargado de hacer reinar el orden y de facilitar a los viajeros el amparo ante posibles adversidades. De este modo, la seguridad de los caminos estuvo asociada a la justicia y a la energía del soberano, puesto que solo un monarca negligente permitiría que los bandidos y los ladrones actuaran dentro de su territorio con total libertad e impunidad. Esta es una de las cualidades del «buen monarca», virtudes que le son atribuidas a Ciro por Jenofonte, en su retrato idealizado de Ciro el Joven (*Anáb.*, I, 9.11-12):

No se podría con todo afirmar que Ciro dejara que malhechores y criminales se rieran de él. Al contrario, los castigaba con menos consideraciones que a cualquier persona. A menudo, a lo largo de las rutas frecuentadas, se podían ver gentes que no tenían más pies, manos y ojos. Por ello, en el gobierno de Ciro, estaba permitido a todo griego, a todo bárbaro, a condición de que no hiciera ningún mal, de circular por todas partes, llevando con él lo que le convenía.

Otro ejemplo claro de este orden impuesto por la monarquía lo constituye el complejo monumental de Persépolis. El emplazamiento no fue solo residencia real y centro administrativo, sino también un lugar donde encontraría de manera especial su expresión, en inscripciones, relieves y arquitectura, la idea imperial de la *pax Achaemenidica*, el orden de paz universal concedido por gracia divina que englobaba a todo el Imperio, garantizado por los reyes y deseado por los súbditos. Los pueblos portadores de regalos, mencionados en las inscripciones y representados en los relieves, los dignatarios que se reúnen en banquetes y esperan una prueba de la gracia real, los centinelas y soldados que garantizan la seguridad del monarca y del Imperio, y por último, el mismo soberano, designado *por la*

*gracia de Dios.*¹ Todos ellos se representan como participantes en ceremonias que simbolizan la cooperación entre el rey y sus súbditos en provecho mutuo para alcanzar el orden y el bienestar impuesto por Ahura-Mazdā dentro del Imperio.

Sin embargo, los monarcas aqueménidas delegaban esta función en los sátrapas, encargados de velar por la seguridad de los caminos, organizando la distribución de las guarniciones en los puntos estratégicos de las vías que cruzaban el territorio que gobernaban, así como eran los encargados de designar escoltas a los viajeros.² Sin embargo, a pesar de la severidad de los castigos expuestos a los infractores, la seguridad no podía estar nunca garantizada por todas partes y siempre con la misma regularidad. Por eso las caravanas estaban acompañadas, generalmente, de hombres armados:³ cuando, por ejemplo, Nehemías fue enviado por Artajerjes I a Jerusalén, tenía cerca de él *jefes militares y jinetes* (Nehemías, 2.9), donde más adelante (Nehemías 42), indica que *personas con este título... están involucrados particularmente con grupos de extranjeros, para quienes una especial guía y una protección son requeridas*.

Del mismo modo, los propios mensajeros a caballo debían de estar provistos de armas para defenderse ante una posible situación adversa,⁴ puesto que desde el periodo asirio, se reconoció que los mensajeros desarmados eran particularmente vulnerables.⁵ Así, la acción de grupos de delincuentes, que podían atacar a las personas que frecuentaban estos cami-

-
- 1 Al contrario de lo que comúnmente se menciona, en Irán, los reyes de la dinastía aqueménida no eran adorados como dioses y tampoco se les concedía una ascendencia divina. Pero su relación especial con los dioses era el elemento básico de la legitimación del gobierno, junto a su descendencia y mérito personal. De este modo, por ejemplo, Darío fue elegido y puesto en el trono para que gobernara el imperio como representante del dios, esto es, fue designado *por la gracia de Ahura-Mazdā*. Además el soberano estaba dotado de la **farnab*, una especie de resplandor de buenaventura o carisma real conferido por los dioses, puesto que era deseo de Ahura-Mazdā que el monarca tuviera éxito en el gobierno y de que actuara para el bien de sus súbditos.
 - 2 P. Briant, «De Sardes à Suse», en H. Sancisi-Weerdenburg & A. Kurth (eds.), *Achaemenid History VI: Asia Minor and Egypt: Old cultures in a New Empire*, Leiden, 1991, p. 73.
 - 3 P. Briant, *op. cit.*, 1991, p. 73; J. Wiesehöfer, «Beobachtungen zum Handel des Achämenidenreiches», *Münstersche Beiträge zur antiken Handelsgeschichte* 1, 1982, p. 7.
 - 4 R. T. Hallock, «The evidence of the Persepolis tablets», en I. Gershevitich (ed.), *The Cambridge history of Iran II. The Median and Achaemenian periods*, Vol. 2, Cambridge, 1985, pp. 606-607; H. G. M. Williamson, «Ezra and Nehemiah in the light of the texts from Persepolis», *Bulletin of Biblical Researches* 1, 1991, p. 60.
 - 5 A. J. Silverstain, *Postal system in the Pre-Modern Islamic world*, Londres, 2007, p. 13.

nos reales, podía producirse en cualquier momento, a pesar de las defensas establecidas por el Estado aqueménida para velar por la seguridad de sus súbditos. Por este motivo, la amenaza de grupos de delincuentes (**wyb b-drk*, «enemigos del camino» en los textos bíblicos) era un hecho real.

2. PERSONAL ENCARGADO DE VELAR POR LA SEGURIDAD EN LOS CAMINOS

La denominación «jefes militares y jinetes», mencionado en el relato de Nehemías, podía estar haciendo referencia al título que aparece en uno de los sellos de un destinatario de una ración alimenticia, el PFS 49,⁶ perteneciente al *barrišdama* Išbaramištima, sello que aparece en cinco ocasiones en las tablillas del Archivo de la Fortificación de Persépolis (PF 1316-1318, 1556, 1558). El título *barrišdama* aparece solamente en los textos relacionados con viajes (serie Q). I. Gershevitch⁷ sugiere una derivación a partir del término en antiguo persa **barištama-* (desde **barišta-tama-*, con la haplogogía, del Avesta *barista-*), conteniendo dos sufijos superlativos (como el sanscrito *nediṣthatama*, «el más próximo»), y significando, literalmente, «la mejor custodia».⁸ Las personas con este título (traducido como «guía de la élite») están particularmente vinculadas con los grupos formados por extranjeros, para quienes una guía y protección especial sería requerida, como se menciona en el caso de los indios (cinco veces, por ejemplo la PF 1572), capadocios (PF 1577), lidios (PF 1409), tracios (PF 1363) y egipcios (PF 1557).

Habría que distinguirlos de los denominados en el Archivo de la Fortificación como compañeros de viaje, quienes serían, al igual que los mensajeros, substituidos regularmente por otros a lo largo del camino real. En la PF 1550 Zišanduš, un «guía de la élite», está conduciendo a una sola mujer en el largo viaje existente entre Susa y Gandhāra, del mismo modo que se muestra a este personaje (PF 1440), aunque sin su título, en un grupo formado por cinco «muchachos», sus ayudantes.⁹ En el periodo sasánida, el término proveniente del persa medio para referirse a tales guías era *parwānagj*, un término que aparece en varias ocasiones en el Talmud babilónico como *parwānqā*, reapareciendo en el período islámico como *furāniq*. En algunos casos, a los

6 PFS = Persepolis Fortification Seal.

7 I. Gershevitch, «Asia Major», *New Series* 2/1, 1951-1952, pp. 132-144.

8 R. T. Hallock, *Persepolis Fortification Tablets*, Chicago, 1969, p. 42.

9 R. T. Hallock, *op. cit.*, 1969, p. 42.

propios guías se les pudo confiar la entrega de una carta,¹⁰ aunque estos casos deben de ser vistos como algo excepcional.

En los textos del Archivo de la Fortificación de Persépolis, correspondientes a la serie Q, aparece otro término, *taššup*, para denominar a los viajeros (PF 1397; 1551). En las inscripciones reales, el vocablo se refería tanto al «ejército» (DB 18:67)¹¹ como a «personas» (DB 11:29), aunque en los textos del Archivo de la Fortificación de Persépolis (PF 113) parece referirse a funcionarios de menor importancia. En la PF 1397, 180 *taššup* reciben 1,5 QA,¹² en contraste con lo que recibe Karabba, probablemente el líder del grupo, que recibe 2 QA, mientras que los 50 «muchachos» que los acompañan reciben 1 QA. En este caso el término *taššup* parece estar haciendo referencia a simples pasajeros y no a un pequeño destacamento militar, donde los «muchachos» están allí para servirles, puesto que hay un «muchacho» para cada 1,6 pasajeros, y un caballo o mula para cada 30.

En este punto hay que hacer referencia a otro grupo de individuos. En las fuentes griegas se hace alusión con frecuencia a los «portadores de la lanza» (δορυφόροι). Estos formaron un regimiento del ejército aqueménida y aparecen como tal en las procesiones reales. Algunas fuentes afirman que eran un cuerpo de élite dentro de los famosos 10.000, «los Inmortales», y que a veces se equiparaban con los μηλοφόροι, «portadores de la manzana» (nombrados así por el pomo situado en el extremo de la lanza). También se indica que los portadores de la lanza tenían un estatus de alto rango y parecían estar estrechamente vinculados con el monarca aqueménida. Esta puede ser la razón por la cual Darío ocupó el cargo (o título) de δορυφόρος en la corte de Cambises y porque Gobrias aparece como *portador de la lanza del rey Darío* en la inscripción de Darío en Naqsh-e Rostam (DNc).

La función de los «portadores de la lanza» es mencionada también en el Archivo de la Fortificación. Los textos ponen de manifiesto que están estrechamente vinculados con el soberano aqueménida y con los dominios reales.¹³ No obstante, no se encuentra a los portadores de la lanza en

10 J. V. Kinnier-Wilson, *The Nimrud Wine Lists*. Londres, 1972, p. 59.

11 Inscripción de Darío en Behistun. P. Lecoq, *Les inscriptions de la Perse achéménide*, Paris, 1997.

12 1 QA (*daduya* en elamita) = 1 litro.

13 W. F. M. Henkelman, «Exit der Posaunenbläser: on Lance-guards and Lance-bearers in the Persepolis Fortification Archive», *ARTA* 2002.007, 2002, p. 20, indica que de los 23 textos que mencionan ^{GIS}*sukurram kutira*, ^{GIS}*ŠI.KAK*^{MES}-*kutira* o *ištibarra* («portador de

un contexto militar *stricto sensu*, sino que aparecen funcionando como inspectores de los trabajadores (PF-NN 1747, 2493),¹⁴ de los caminos (PF 588, 937, PFa 15, 19, 22, 30-31, PF-NN 1647, 1863, 2041, 2525, Fort. 6749)¹⁵ y de los corrales reales (PF-NN 2465),¹⁶ así como siendo la escolta de los viajeros o formando parte de los grupos de viajeros de la elite (PF 1343, 1506, 1657, PF-NN 904, 1465, 2522, 2556, 3016).

No necesita ninguna explicación que el material procedente del Archivo de la Fortificación de Persépolis es sumamente pertinente para el estudio del imperio aqueménida y el tema de los portadores de la lanza no es seguramente una excepción a ello. Sin embargo, como el léxico elamita sigue siendo mal comprendido, las tablillas en muchos casos son más bien inaccesibles. A veces se han leído mal o se han malinterpretado las palabras

la lanza»), 13 indican que estos portan un documento u orden sellado por el rey. Este porcentaje (alrededor del 57%) es relativamente alto. Comparado con el total del corpus de textos de viaje (la categoría Q de R. T. Hallock), donde solo alrededor del 24% citan en los textos la presencia de un documento sellado por el rey. En los textos donde no se menciona ningún documento sellado hay que tener en cuenta que la diferencia es aún más notable: del número total de textos referentes a un documento sellado, el 31% menciona un documento sellado por el rey contra el 87% de los textos que citan a un lancero.

- 14 PF-NN = Transcripción de R. T. Hallock de las tablillas de la Fortificación que permanecen sin publicar.
- 15 PFa = R. T. Hallock, «Selected Fortification Tablets», *Cahiers de la Délégation archéologique française en Iran* 8, 1978, pp. 109-136; Fort. = Referencia a las tablillas del Archivo de la Fortificación de Persépolis no publicadas en R. T. Hallock, *op. cit.*, 1969.
- 16 Su actividad es expresada en el Archivo de la Fortificación de Persépolis por términos como *datiš mušiš* (PFa 19, «registraban/inspeccionaban los caminos»), ^{AS}KASKAL^{MES} *hašašda* (PFa 22, «controlaban el camino»), y [^{AS}]KASKAL^{MES} *hašip* (PF-NN 2041, «controladores/inspectores del camino»). Cuando estos están involucrados en la toma de un registro o en una inspección de los trabajadores, la frase que especifica la actividad de los lanceros es: *kurtas sunki-na hašašda* (PF-NN 1747, «hicieron un inventario/registro de los trabajadores reales») o *kurtas mušašda* (PF-NN 2493, «registraron/hicieron un registro de los trabajadores»). En la PF-NN 2265, Pidukurda, el ^{GIS}ŠI.KAK^{MES} ^{HAL}*ku-ti-ra* es descrito como un ^{HAL}*pír-ra-sa-ka*. La palabra *pirrasaka* (que también aparece en las PF-NN 217, 540 y Fort. 3568) es un préstamo elamita de un término procedente del persa antiguo, **frabaka(r)a-*, una palabra que aparece en acadio como *iprasakku* y que debe interpretarse como un «fabricante de preguntas», es decir, un «investigador» (W. Hinz, *op. cit.*, Wiesbaden, 1975, p. 97). El papel del lancero como «investigador» puede estar relacionado con su participación en la elaboración de un registro y en la inspección de los trabajadores. Por último, Saupirra, el ^{GIS}ŠI.KAK^{MES} ^{HAL}*ku-ti-ra*, recibe vino en la PF-NN 2465, ^{AS}*pár-ri-ba-taš* ^{HAL}EŠŠANA-*na zi-[ia]-iš-da*, «vio (es decir, inspeccionó) a los parribataš reales». El contexto de otras apariciones de la palabra *parribataš* (antiguo persa **Paribāda-*, literalmente «protector del recinto») sugiere que se trata de un «corral», lo que muestra un único caso de un lancero que participa en la inspección de un pequeño rebaño de ganado (PF 2025, 2070).

y los textos completos, como ha ocurrido con el caso de los «portadores de la lanza», especialmente por los diferentes términos que se emplearon para referirse a estos individuos: HAL.SI.KAK HAL *ku-ti-ra* (GIS^S.SI.KAK^{MEŠ} *ku-ti-ra*), «portador de lanza» es equivalente a GIS^S*šu-ku-ur-um ku-ti-ra* (GIS^S*š[u-]kur-ra-ku-um ku-ti-r[a]*) y a GIS^S*iš-ti-bar-ra*¹⁷ y formas relacionadas.¹⁸

3. LA INSEGURIDAD EN LOS CAMINOS

En cuanto a la inseguridad en los caminos, Esdras realizó el mismo trayecto mencionado antes para Nehemías acompañado de numerosos judíos encargados del oro y de las riquezas destinadas al templo de Iahveh en Jerusalén. La manera en que Esdras (8.21-22; 31) presenta el viaje pone de manifiesto que un ataque debía aún temerse. Precisa en efecto:

Ya que había tenido la vergüenza de pedir al rey una escolta y jinetes para ayudarnos contra el enemigo durante la ruta... La mano de Dios estuvo sobre nosotros y nos salvó de las manos del enemigo y de los obstáculos durante el recorrido.

Esto indicaría que la seguridad ofrecida por estas guarniciones, sobre los grandes ejes de comunicación, no podía ser total ni cien por cien efectiva; las campañas emprendidas, repetidas veces, por los monarcas aqueménidas, contra cadusios (Plutarco, *Art.*, 24) e isaurios (Diodoro, XVIII, 22,1), así como la campaña emprendida por Alejandro contra los oxienos dan muestra evidente de la realidad existente, es decir, que todo no podía estar bajo un estricto control. La misma situación es narrada en un documento fechado en el reinado de Aššurbanipal (668-626 a.C.), donde se describe la práctica de situar guardias a lo largo de un camino con el fin de que los árabes entraran y salieran con la máxima seguridad posible, tal y como lo habían hecho en el pasado.¹⁹ Jenofonte (*Anáb.*, II, 5.13) nos indica como Clearco ofrece sus servicios a Tisafernes tras la batalla de Cunaxa:

17 Este último es la versión elamita del término del antiguo persa *rštibara-*, un «portador de la lanza». Este término del persa antiguo, *rštibara-*, aparece en la inscripción de Darío de Naqsh-e Rostam (DNC), donde la versión en acadio da el término equivalente *nāšū azmarū*, «portador de la lanza» (CAD A/II sv 'azmarū').

18 Por ejemplo, véase W. Hinz, & H. Koch, *Elamisches Wörterbuch*, 2 Vols. (AMI Erg.Bd. 17), Berlin, 1987, quienes traducen erróneamente s.vv. 'qa-ši-ik-ki.ba-ak-ki-ra' y 'GIS.SI.lg.ba-ki-ra' como «tocador del trombón».

19 R. H. Pfeiffer, *State Letters of Assyria: A Transliteration and Translation of 335 Official Assyrian Letters dating from the Sargonid Period (722-625 BC)*, New Haven, 1935, pp. 76-77.

Sé que los misios son un foco de problemas: me jacto, con las fuerzas de las que dispongo, de humillarlos y sometérselos. Sé también que los pisidios se les asemejan, y he escuchado que hay una multitud de pueblos que son como ellos. Pienso que podría poner fin a los incesantes desordenes que traen a tu prosperidad.

La vía que unía Susa con Persépolis fue provista de una fortificación a su paso por la llanura Oxiena, donde se dispuso una importante guarnición aqueménida con el fin de velar por la seguridad de las comunicaciones (Quinto-Curcio, V, 3.5; Diodoro, XVII, 67.5) Se sabe de la existencia en el imperio gobernado por los monarcas aqueménidas de multitud de pueblos que, al abrigo de las montañas, realizaban incursiones de rapiña sobre las regiones fértiles situadas en las llanuras, por lo que podían llegar a crear un gran foco de inestabilidad sobre aquellos caminos que pasaban cerca de sus territorios. La propia geografía del terreno favorecía su defensa, y el armamento y los métodos de combate entre estos pueblos montañoses eran muy parecidos. Eran, por lo general, soldados ligeros, ágiles y rápidos, cuya arma principal era el propio terreno, como puede observarse en la táctica empleada en la batalla, método que no era otro más que la guerra de guerrillas, puesto que aprovechaban su conocimiento del terreno para tender emboscadas. Para ellos, la montaña era una guarida inexpugnable e impenetrable, como podía serlo para otro pueblo el bosque o el desierto: rocas formidables y bosques profundos se oponían a la vez a la progresión de los asaltadores, del mismo modo que, aprovechándose de su posición dominante, podían lanzar piedras pendiente abajo para atacar a sus enemigos (Diodoro, XIX, 6-7; Jenofonte, *Anáb.*, IV, 2.3-4).

Al ser guerreros que contaban con un armamento ligero les permitía también realizar ataques de pillaje rápidos y efectivos contra objetivos determinados, ya fuera una estación en el camino real o una caravana que se dirigía por dicha vía. Un ejemplo de ello es narrado por Estrabón (XIII, 3.18) cuando menciona a los Mosineques, pueblo «completamente salvaje» del norte de Asia Menor, no sujeto al rey, que tenía la práctica de atacar a los viajeros. Del mismo modo, ejemplo de ello son otros pueblos que habitaban en Asia Menor, esto es, pisidios, misios, isaurios, licaonios, etc. Estos pueblos habitaban regiones muy apartadas y de difícil acceso, es decir, zonas de alta montaña, con bosques frondosos, cruzados por sendas tortuosas y escarpadas que hacían su territorio prácticamente impenetrable para un ejército. Pero el mejor ejemplo, con respecto a estos pueblos, lo constituye la parte occidental de Irán. Las montañas del occidente de Irán estaban habitadas por una gran variedad de pueblos, cuyos nombres conocemos a través de los textos antiguos:

La Media... domina y comanda por otra parte las Puertas Caspias y las montañas de los Tapyres, no lejos del mar de Hircania. Al sur, se extiende, hasta Mesopotamia y hasta el territorio de Apollonia, y confina a Persia, la cadena del Zagros, formando una barrera entre las dos regiones. La pendiente, hasta la cima de estas montañas, es larga en un centenar de estadios y la propia cadena implica múltiples ramificaciones y repliegues. Está dividida por valles y a veces por cuencas donde viven los cosenos, los corbrenes, los carches y muchas otras tribus crueles que sobresalen en las cosas de la guerra. Hacia Occidente, la Media confina el país de los satrapienos, no lejos del cual se establecen las tribus ribereñas del Ponto Euxino. Al norte, está rodeada por los elimeos, los aniraques, los cadusios y los matienos. Ella misma se divide en distintas regiones por cadenas montañosas que se extienden de este a oeste y entre las cuales se desplazan llanuras donde abundan ciudades y pueblos (Polibio, V, 44).

Estrabón también nos indica que:

Estas dos regiones [Armenia y Media] contienen ellas mismas muchas montañas y mesetas o altas llanuras, también muchas bajas llanuras y valles profundos; una y otra se pueblan por un infinito número de pequeñas tribus de montañeses que viven de rapiñas y de depredaciones» (Estrabón, XI, 12.4).

Estos textos antiguos hacen hincapié, con mucha razón, en el extremo fraccionamiento y parcelación del relieve y de las poblaciones. Las montañas se extienden sobre unos 1.300 kilómetros entre el Monte Ararat y el Fārs, es decir, los Montes Zagros desde Kurdistán hasta Persia. Los valles son paralelos al eje de la cadena montañosa, excepto el del Diyāla. Entre las alineaciones paralelas de los altos picos, se encuentran largas depresiones de varias decenas de kilómetros, a una elevada altitud (de 1.000 a 1.800 metros). De este modo se delimitan pequeñas cuencas montañosas, aisladas las unas de las otras.²⁰ Desgraciadamente es muy difícil, a veces incluso imposible, determinar con certeza la región donde vive cada uno de estos pueblos. La primera razón es que los textos antiguos siguen siendo a menudo aproximados, contradiciéndose mutuamente.

Entre las poblaciones montañosas situadas al Sur y al Este del Mar Caspio se pueden citar, entre muchos otros, a los mardos, que habitaban en los contrafuertes del Elburz (Arriano, *Anab.*, III, 24.1-3), los cadusios, que habitaban el territorio que separaba Ecbatana de Hircania (Arriano, III, 19.7), y los tapirios, que vivían en las proximidades del territorio de los mardos. En la Alta Mesopotamia se encontraban los carducos y los chaldaios entre otros. En el triángulo formado por las regiones de Media,

20 I. Gershevitch, *The Cambridge History of Iran*, Vol. II, 1983-1985, p. 7 y siguientes.

Persia y Susiana destacaban los paraitacenos, que habitaban la región comprendida entre Persépolis y Ecbatana (Arriano, III, 19.2; Estrabón, XI, 13.6; Diodoro, XIX, 34.7; Quinto-Curcio, V, 13.2); los cosenos, que habitaban en la región del Lūristān, entre Susa y Ecbatana (Polibio, V, 44; Estrabón, XI, 13.6; XVI, 1.13; Ptolomeo, VI, 3.3; Arriano, VII, 32.1; 15.1; Plinio, *Hist. Nat.*, VI, 134); los oxienos, que ocupaban la región comprendida entre Susa y Persépolis (Quinto-Curcio, V, 3.3); y los elimeos, que habitaban la antigua región montañosa de Elam (Estrabón, XI, 13.6). Estos son los pueblos citados con más frecuencia por los textos griegos y latinos. Aunque no hay que olvidar que los relatos que hablan de estos pueblos son raramente neutros, ya que muestran un fuerte sentimiento de repulsión contra las montañas y sus habitantes, por lo que deben de ser utilizados con extrema precaución, ya que lo que describen, en relación con estos pueblos, no se correspondería totalmente con la realidad.

La exposición de las características de todos estos pueblos es por este motivo extremadamente sumaria. Por lo general viven en las montañas, son belicosos (πολεμικός) o dedicados a la guerra (μάχιμος); su apariencia física y su modo de vida los definen como salvajes, incivilizados o bárbaros; finalmente, viven del saqueo debido a la pobreza del lugar en el que habitan. Por ello, *los cosenos hacen todos los días expediciones de saqueo, ya que su tierra es pequeña y árida, por lo que tienen el propósito de vivir sobre los demás; si todos son combatientes, es por necesidad* (Estrabón, XVI, 1.18; XI, 7.1). Del mismo modo, los mardos son luchadores (μάχιμοι) porque son pobres (πένηται) (Arriano, *Anab.*, III, 24.2). Si Atradates, padre de Ciro, de la familia de los mardos de Persia, se hizo bandido, fue empujado por la pobreza (Apolodoro de Damasco, *FGrH*, 90, F.66.3). Por consiguiente, hay una oposición total entre aquellos individuos que viven en las montañas y aquellos otros que lo hacen en la llanura. Los segundos son campesinos y en consecuencia pacíficos; a los primeros, en cambio, se reservan adjetivos tales como salvajes, combativos, bandidos, etc. Así pues, entre los numerosos ejemplos, Arriano (III, 17.1-3) distingue muy claramente entre los oxienos a aquellos que viven en la llanura, que se someten al sátrapa aqueménida y posteriormente a Alejandro, de aquellos otros que viven en la montaña y que son independientes, realizan saqueos y se oponen ferozmente a Alejandro.²¹

21 Para más información sobre estos pueblos montañoses durante el periodo aqueménida véase P. Briant, *État et pasteurs au Moyen-Orient ancien*, Paris-Cambridge, 1982.

Un estudio en profundidad de estas fuentes de información muestra que lo descrito no se correspondería con la realidad socio-económica, geográfica y cultural de estos pueblos, puesto que el calificativo de «montañés» no es suficiente para caracterizar su forma de vida.²² El saqueo no sería más que una actividad secundaria y excepcional, un complemento de la actividad agrícola y ganadera, aunque hay autores que también observan esta actividad como una lucha de liberación, una resistencia ante la conquista de los grandes imperios. En efecto, la conquista militar de estos pueblos tenía dos objetivos básicos: por un lado, la conquista integraba a las poblaciones sometidas en el ciclo de la producción, es decir, permitía elevar el nivel de las fuerzas productivas. Por otra parte, y al mismo tiempo, la conquista garantizaba la seguridad, es decir, permitía controlar las grandes vías de comunicación que atravesaban las llanuras y supervisar a las poblaciones reducidas al estado de campesinos dependientes. Por el contrario, aquellos individuos que disponían de los medios para resistir se excluían, es decir, eran rechazados o contenidos en las montañas o en los desiertos, siendo considerados, injustamente, por las actividades que realizaban como bandidos o ladrones.²³ Pero sus actuaciones no deberían de ser muy distintas a las que protagonizaron sátrapas en rebelión abierta contra el Gran Rey, puesto que se apoderaban de las fortalezas reales, robaban en los pueblos situados en la tierra real, y se hacían dueños de los tributos destinados al monarca.

De este modo, la seguridad de los grandes ejes tenía que estar garantizada por numerosas guarniciones y puestos de guardia, quienes tenían, además, el encargo de velar por el cumplimiento del orden establecido por los Grandes Reyes y defender el territorio contra posibles agresiones. Por este motivo fueron dispuestos de manera estratégica sobre el terreno para evitar que fueran sorprendidos por incursiones enemigas o incluso para servir de amenaza contra todo aquel que intentara ir en contra del orden establecido por el Gran Rey. Sobre el curso de la vía real descrita por Heródoto (V, 52-54), este cita un puesto de guardia (φιλᾶκτηριον) sobre el Halys, dos en las fronteras cilicias y una en Armenia. Pero, estas guarniciones, estarían dispuestas fundamentalmente en las principales ciudades que jalonaban el recorrido de las vías. Citemos por ejemplo a Kelainai, capital de la Gran Frigia, donde Jerjes había hecho construir una fortaleza y una ciudadela, y que

22 P. Briant, «Brigadage, Conquête et dissidence en Asie achéménide et hellénistique», *Dialogues d'Histoire Ancienne* 2, 1976, p. 177.

23 P. Briant, *op. cit.*, 1976, p. 177-186.

poseía una acrópolis consolidada.²⁴ De todas formas no se disponen de datos fehacientes para afirmar donde se localizaban dichas guarniciones y durante cuánto tiempo fueron ubicadas en esos emplazamientos.

4. EJEMPLOS DE LA ACCIÓN DE LOS GUARDIAS

En cuanto a los guardias que vigilaban estas rutas, su atención no pesaba simplemente sobre las personas, sino también sobre los mensajes que portaban los individuos que transitaban por aquellas rutas.²⁵ Tres anécdotas transmitidas por Heródoto dan prueba de los prodigios de imaginación que debían desplegar los que querían escaparse de la vigilancia de la administración. La primera pone en escena al medo Harpado en el momento en que quiere entrar secretamente en contacto con Ciro:

Pero no teniendo para ello un medio conveniente, por estar guardados los caminos, se valió de esta treta. Tomó una liebre, y abriéndola con mucho cuidado, metió dentro de ella una carta, en la cual iba escrito lo que le pareció, y después la cosió de modo que no se conociese la operación hecha. Llamó en seguida al criado de su mayor confianza, y dándole unas redes como si fuera un cazador, lo hizo pasar a Persia, con el encargo de entregar la liebre a Ciro y de decirle que debía abrirla con sus propias manos, sin permitir que nadie se hallase presente. Esta traza se puso por obra sin ningún tropiezo y con felicidad. Ciro abrió la liebre y encontró la carta escondida (I, 123-124).

Más pintoresco aún parece el subterfugio inventado por Histieo que, entonces retenido en Susa, deseaba entrar en contacto con su sobrino Aristágoras, tirano de Mileto y aliado de Megabazo (Bagabuhša), primo de Darío, para promover una rebelión contra los persas.²⁶

Quiso a más de esto la casualidad que en aquella agitación le viniera desde Susa, de parte de Histieo, un enviado con la cabeza toda marcada con letras, que significaban a Aristágoras que se sublevase contra el rey. Pues como Histieo hubiese querido prevenir a su deudo que convenía rebelarse, y no hallando medio seguro para pasarle el aviso por cuanto estaban los caminos tomados por parte del rey, en tal apuro había rasurado a navaja la cabeza del criado que tenía de mayor satisfacción. Le había marcado en ella con los puntos y letras que le

24 P. Briant, *Antigone le Borgne*, Paris, 1973, pp. 49-53; 97 y siguientes; Sobre Kelainai, cf. igualmente V. Manfredi, *La strada dei Diecimila. Topografia e geografia dell'Oriente di Senofonte*, Milán, 1986, pp. 33-38.

25 P. Briant, *op. cit.*, 1991, p. 73.

26 Para un estudio más detenido sobre este texto véase J. Foucault, «Histiee de Milet et l'esclave tatoué», *Revue des Études Grecques* 80, 1967, pp. 182-186.

pareció, esperó después que le volviera a crecer el cabello, y crecido ya, le había despachado a Mileto sin más recado que decirle de palabra que puesto en Mileto pidiera de su parte a Aristágoras que, cortándole a navaja el pelo, le mirara la cabeza. Las notas grabadas en ella significaban a Aristágoras, como dije, que se levantase contra el persa (V, 35).

Viene por fin la historia del Espartano Demarato que, exiliado en Susa, se proponía avisar a sus conciudadanos de la próxima ofensiva de Jerjes:

Como no tenía otro medio de informarlos, ya que corría el riesgo de ser apresado, he aquí pues lo que se imaginó. Tomó una tablilla doble, y raspando la cera, grabó en la madera de la tablilla la decisión del rey; hecho eso, pasó de nuevo la cera de la tablilla, para que la tablilla, no conteniendo nada, no conlleva problemas a su portador por culpa de los guardias de las rutas (ὄδοφύλακος; VII, 239).

Da igual en este punto la veracidad de estas anécdotas. Parece bastante claro que se trata más bien de cuentos. Lo importante es que se construyeron sobre una trama aqueménida. En todos los casos, se da cuenta de la dificultad que existía, para un particular, de enviar un mensaje que no era certificado por un sello oficial; tenía todas las papeletas de ser capturado por los guardias de las rutas, puesto que estos funcionarios del Estado aqueménida examinarían, entre otras cosas, la correspondencia llevada por los viajeros. Esta vigilancia policial de las rutas era ciertamente eficaz si se juzga por la suerte que corrieron los tres espías enviados por los jonios en el 480 a.C. Estos no tardaron en ser descubiertos mientras redactaban informes sobre el ejército aqueménida (Heródoto, VII, 146). Otra dificultad pesaba sobre aquellos individuos que viajaran de una manera clandestina, ya que les estaba prohibido encontrar suministro fuera de los resortes oficiales, donde la única opción que encontrarían sería la del saqueo o el robo, enfrentándose por ello, inevitablemente, a ser interceptados por las guarniciones reales. De hecho, los autores antiguos mencionan que en Asia Menor, durante el gobierno de Ciro el Joven, los cuerpos de aquellos que habían sido castigados por asaltar a los viajeros podían verse en los márgenes de los caminos reales.

5. ORIGEN ÉTNICO DE LOS GUARDIAS DE LAS RUTAS

En cuanto al origen étnico de estas guarniciones es muy discutido. Diodoro y Heródoto mencionan la existencia de guarniciones persas,²⁷ aunque

27 Las plazas mencionadas son Eion, Bizancio, Focaia, Sardes, una serie de ciudades carias (Diodoro, XI, 60.4), Elefantina, Dafnae, Menfis, una serie de ciudades chipriotas (Diodoro, XI, 44), Salamis y Gaza.

tales relatos no nos dicen prácticamente nada sobre sus componentes reales, aunque se puede asumir que en su mayor parte los jefes eran iranos,²⁸ tal y como se atestigua en lugares como Doriscos, Eion, Sardes, Gaza, Syene-Elefantina y Menfis, mientras que se encuentran cuerpos más extensos de iranos en Eion, Bizancio, Gaza y Menfis.

De todas formas es muy difícil identificar elementos iranos significativos entre las tropas que formaban parte de una *φρουρά* en los relatos de las fuentes griegas; la infantería persa de Tiribazos, que poseía *δύναμις* o el *Περσῶν αὐτοῖ* en Halicarnaso, en el 334 a.C. (Arriano, I, 20.3), son notablemente dudosos. Los casos más significativos son los soldados de Deve Hüyük y los hircanios de Komania. Por contraste, los apelativos iranos, en las listas de nombres asociados al personal militar y en gran parte constituida de no-iranos, son difíciles de interpretar, puesto que difícilmente podemos estar seguros de que las personas nombradas son realmente iranos, ya que la adopción de la nomenclatura irania por individuos de otros grupos raciales está perfectamente bien atestiguada durante el periodo aqueménida.²⁹

Jenofonte no hace ningún comentario explícito del origen étnico de las *φρουρά* o de sus comandantes, pero sus menciones de las tropas situadas en la *χώρα* aqueménida demuestran que él está pensando en términos de no-griegos.³⁰ Con respecto a individuos de origen no iranio y no griego tenemos el epónimo semítico *degel* en Egipto y Palestina, el *sr byrt* de Jerusalén, y el *sgn'* de Samaria. Lo mismo se observa en Daskyleion, donde tres individuos de origen semita, Elnap, Adda y Pedaya contaban con la suficiente posición como para tener estelas greco-persas talladas en sus sepulcros, en dos casos erigidas por personas con nombres iranos: una explicación posible es que los tres eran oficiales militares (subordinados), aunque no es la única posibilidad.³¹ También tenemos abundantes referen-

28 Ch. Tuplin, «Xenophon and the garrisons of the Persian Empire», *Archäologische Mitteilungen aus Iran* 20, 1987, p. 219.

29 Ch. Tuplin, *op. cit.*, 1987, p. 220.

30 Ch. Tuplin, *op. cit.*, 1987, p. 219.

31 Para el caso de Elnap ver: E. Akurgal, «Griechisch-Persische Reliefs aus Daskyleion», *Iranica Aantiqua* 6, 1966, pp. 147-148. cf. A. Duppont-Sommer, «Une inscription araméenne inédite d'époque perse trouvée a Daskyleion (Turquie)», *Comptes Rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 1966, pp. 44-45; y F. M. Cross, «An Aramaic Inscription from Daskyleion», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 184, 1966, p. 8. Con respecto a Adda, véase: R. Altheim-Stiehl, D. Metzler & E. Schwertheim, «Eine neue Grako-Persische Grabstele aus Sultaniye Koy und ihre Bedeutung für die Geschichte and Topographie von Daskyleion», *Epigraphica Anatolica* 1, 1983, pp. 1-23.

cias, con respecto a estos individuos, en los datos ofrecidos por la investigación arqueológica en Syene-Elefantina, Migdol, Tell el-Maskhuta, Menfis y Arad y en otras fuentes palestinas como son los *ostraka* de Arad. La defensa de Jerusalén en el 445-444 a.C. estaba en manos de los habitantes de la ciudad (Nehemías, 7,2; 4.16-17). Del mismo modo los individuos que sirvieron al *kadanu* babilónico y que actuaron como policías en Uruk no habrían sido iranos.³²

Pero individuos no-iranios se encuentran raramente como comandantes de una guarnición en las fuentes griegas. Estas nos informan de carios en Kaunos y Kelainai, de los «naturales» en Syllion, de cilicios al norte de las puertas sirias, de árabes en Gaza, de tirios en Menfis, de asirios en Komania, quizás de babilonios en Asia Menor, y de diversas nacionalidades en Armenia. Los grupos étnicos no nativos al lugar de las operaciones tienden a ser señalados por las fuentes griegas como mercenarios, sin embargo, no es estrictamente cierto, como se observa en los tirios mencionados por Heródoto (II, 112). La excepción más llamativa son los carios en Kelainai, donde Arriano solo asigna el término de «mercenario» a los cientos de griegos que compartieron deberes con ellos. También se mencionan explícitamente jefes griegos en Mitilene, Samos, Mileto, Kaunos, Notion y en Aiolis (Polieno, VI, 10), mientras que tropas griegas, no siempre explícitamente mercenarias, se mencionan en Notion, Mileto, Kelainai, Kaunos y en la *σατραπεία* de Mania (Jenofonte, *Hel.*, III, 1.10-11), en las ciudades jonias de Ciro (Jenofonte, *Anáb.*, I, 1.6-7) y en la *παραθαλάττια γῆ* de Farnabazo (Jenofonte, *Hel.*, I, 1.24-25).

Por este motivo se puede indicar que las guarniciones que guardaban los caminos y los puntos estratégicos del Estado gobernado por los soberanos aqueménidas eran muy heterogéneas con respecto a su origen étnico. La fórmula más habitual, como acabamos de ver, sería que estuvieran comandadas por un individuo de procedencia irania, aunque en ocasiones su origen étnico podría ser diferente. Este estaría al mando de un grupo de hombres de origen iranio o no, o incluso podía comandar un contingente compuesto por individuos de diferente nacionalidad, variando su composición étnica como consecuencia de diversos motivos, ya fueran económicos, geográficos o políticos.

En cuanto a Pedayah ver: R. Altheim-Stiehl & M. Cremer, «Eine gräko-persische Türstele mit aramäischer Inschrift aus Daskyleion», *Epigraphica Anatolica* 6, 1985, pp. 1-16 (Ergili).

32 Ch. Tuplin, *op. cit.*, 1987, pp. 219-220.

Para mejorar las comunicaciones dentro de su imperio, los monarcas Aqueménidas no solo se preocuparon de mantener los caminos libres de obstáculos, donde una serie de individuos se encargaron de mantenerlos en buenas condiciones a través de prospecciones periódicas, sino que también se dispusieron una serie de guarniciones, sobre lugares de carácter estratégico, para garantizar la seguridad de aquellos individuos que transitaban por estos caminos reales, pues diversas amenazas, como hemos visto, siempre se cernieron sobre los viajeros. Por estos motivos algunos grupos de viajeros y las personas de alto estatus fueron escoltados por «guías». Los viajeros oficiales necesitaron así de unas escoltas armadas y no se podía contemplar emprender un largo viaje sin apoyo oficial. Esto explicaría la inscripción establecida en Atenas, que registraba la profunda gratitud de la ciudad al rey de Sidón por ayudar a una embajada cívica a llegar a la corte aqueménida con seguridad. El sistema también garantizaba que los movimientos de los individuos fueran supervisados, lo que sirvió para mantener la seguridad. Evadir esta vigilancia constante era una empresa difícil y peligrosa, puesto que las anécdotas que vimos describen formas ingeniosas para tratar de evitar el escrutinio oficial. Aunque no son casi seguramente de carácter histórico, el punto de cada historia gira en torno al hecho bien conocido de que los caminos aqueménidas estaban bien vigilados.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AKURGAL, E., 1966, «Griechisch-Persische Reliefs aus Daskyleion», *Iranica Antiqua* 6, pp. 147-156.
- ALTHEIM-STIEHL, R., METZLER, D. & SCHWERTHEIM, E., 1983, «Eine neue Grako-Persische Grabstele aus Sultaniye Köy and ihre Bedeutung für die Geschichte an Topographie von Daskyleion», *Epigraphica Anatolica* 1, pp. 1-23.
- ALTHEIM-STIEHL, R. & CREMER, M., 1985, «Eine gräko-persische Türstele mit aramäischer Inschrift aus Daskyleion», *Epigraphica Anatolica* 6, pp. 1-16.
- BRIANT, P., 1973, *Antigone le Borgne*, Paris.
- 1976, «Brigdadage, Conquête et dissidence en Asie achéménide et hellénistique», *Dialogues d'Histoire Ancienne* 2, pp. 163-259.
- 1982, *État et pasteurs au Moyen-Orient ancien*, Paris-Cambridge.
- 1991, «De Sardes à Suse», en H. Sancisi-Weerdenburg & A. Kurth (eds.), *Achaemenid History VI: Asia Minor and Egypt: Old cultures in a New Empire*, Leiden, pp. 67-82.
- 1996, *Histoire de l'empire perse de Cyrus à Alexandre*, Paris.
- CROSS, F. M., 1966, «An Aramaic Inscription from Daskyleion», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 184, pp. 7-10.
- DUPPONT-SOMMER, A., 1966, «Une inscription araméenne inédite d'époque perse trouvée a Daskyleion (Turquie)», *Comptes Rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, pp. 44-57.

- FOUCAULT, J., 1967, «Histiée de Milet et l'esclave tatoué», *Revue des Études Grecques* 80, pp. 182-186.
- GERSHEVITCH, I., 1951-1952, «Asia Major», *New Series* 2/1, pp. 132-144.
— 1983-1985, *The Cambridge History of Iran*, Vols. 2-3, Cambridge.
- HALLOCK, R. T., 1969, *Persepolis Fortification Tablets*, Chicago.
— 1978, «Selected Fortification Texts», *Cahiers de la Délégation archéologique française en Iran* 8, pp. 109-136.
— 1985, «The evidence of the Persepolis tablets», en I. Gershevitch (ed.), *The Cambridge history of Iran II. The Median and Achaemenian periods*, Vol. 2, Cambridge, pp. 588-609.
- HENKELMAN, W. F. M., 2002, «Exit der Posaunenbläser: on Lance-guards and Lance-bearers in the Persepolis Fortification Archive», *ARTA* 2002.007, pp. 1-35.
- HINZ, W. & KOCH, H., 1987, *Elamisches Wörterbuch*, 2 Vols. (AMI Erg.Bd. 17), Berlin.
- KINNIER-WILSON, J. V., 1972, *The Nimrud Wine Lists*, London.
- KUHRT, A., 2007, *The Persian Empire. A corpus of sources from the Achaemenid Period*, Vol. I-II, London.
- LECOQ, P., 1997, *Les inscriptions de la Perse achéménide*, Paris.
- MANFREDI, V., 1986, *La strada dei Diecimila. Topografia e geografia dell'Oriente di Senofonte*, Milano.
- PFEIFFER, R. H., 1935, *State Letters of Assyria: A Transliteration and Translation of 335 Official Assyrian Letters dating from the Sargonid Period (722-625 BC)*, New Haven.
- SILVERSTAIN, A. J., 2007, *Postal system in the Pre-Modern Islamic world*, London.
- TUPLIN, Ch., 1987, «Xenophon and the garrisons of the Persian Empire», *Archäologische Mitteilungen aus Iran* 20, pp. 167-245.
- WIESEHÖFER, J., 1982, «Beobachtungen zum Handel des Achämenidenreiches», *Münstersche Beiträge zur antiken Handelsgeschichte* 1, pp. 5-16.
- WILLIAMSON, H. G. M., 1991, «Ezra and Nehemiah in the light of the texts from Persepolis», *Bulletin of Biblical Researches* 1, pp. 41-62.